

El Exito Político Depende de Actores Externos

21-Marzo-89

## Cien Días en Busca de Tiempo

- ★ Lo que Parecía Impensable hoy se Considera Natural
- ★ Las Consultas Populares, Para que Escape el Vapor
- ★ Fue un Intento Fallido la Lucha Contra la Delincuencia

LORENZO MEYER

"El tiempo perdido los santos lo lloran" dice el refrán. Bueno, los santos y muchos más. Hoy el gobierno mexicano se encuentra a la búsqueda desesperada de tiempo, sea éste el perdido o de cualquier otro tipo.

Para ganar tiempo se han tomado acciones espectaculares, tales como encarcelar a miembros distinguidos y poderosos del partido del Estado, como es el caso de Joaquín Hernández Galicia "La Quina" o Eduardo Legorreta. Esas acciones recuerdan al capitán que ordena desmantelar poco a poco el maderamen de su propia nave con tal de poder alimentar las calderas y evitar quedar a la deriva. La búsqueda de tiempo parece haber sido la meta inmediata de los famosos cien días de gobierno. De ahí que lo que hace apenas unos años parecía impensable, hoy se haga con gran naturalidad, como es el caso de poner tras las rejas a personas que apenas ayer representaban la quintaesencia del priísmo y su alianza corporativa.

A estas alturas es claro que el éxito del proyecto político de Carlos Salinas a largo plazo depende de decisiones que tienen que ser tomadas por actores externos a la sociedad mexicana, en concreto de lo que haga el secretario del Tesoro norteamericano.

# Cien Días en Busca de Tiempo

Segue de la primera plana

Para todos, propios y extraños, es perfectamente claro que si Carlos Salinas no logra en un plazo relativamente corto una reducción sustantiva de las gigantescas remesas de dólares que por los últimos seis años México ha estado enviando al exterior —a costa de una gran contracción de la demanda interna, de la reducción del gasto e inversión públicas y del aumento de la deuda—, entonces simplemente no existirán los recursos materiales y políticos mínimos necesarios para que la sociedad mexicana pueda continuar pacíficamente su cada vez más difícil tránsito hacia eso que se ha dado en llamar la "modernización". Y hoy por hoy, esa famosa modernización es el único proyecto que la actual élite gobernante tiene entre manos para sobrevivir y reproducirse.

Si la reducción sustantiva de la deuda es aceptada por los acreedores —es decir, que en vez de pagar 10 ó 14 mil millones de dólares anuales por concepto de intereses y principal, como ha sido el caso, pagar este año y los venideros sólo 4 ó 5 mil millones—, y si además se asegurara el ingreso de dinero fresco por la vía de inversiones o nuevos créditos, entonces la viabilidad del gobierno y de su proyecto de largo plazo pudieran tener una verdadera oportunidad de éxito. En caso contrario, el gobierno, el proyecto o ambos, van a tener que irse a eso que se ha llamado el basurero de la historia.

★  
El anuncio hecho al finalizar la semana pasada por el secretario del Tesoro de los Estados Unidos, el señor Nicholas F. Brady, en el sentido de que la administración del Presidente Bush apoya una reducción "voluntaria" por parte de los bancos internacionales de la deuda y de los intereses que los países del Tercer Mundo que sigan políticas "sólidas", es decir, como las nuestras, debió de producir una sensación de alivio en los círculos políticos y empresariales mexicanos. El discurso de Brady bien pudiera ser la "luz al final del túnel" para nuestra élite política. Pero, ¿realmente lo es? La verdad es que aún no podemos saberlo.

No hay que minimizar la importancia de la declaración del secretario del Tesoro norteamericano. Es una señal política sin lugar a dudas trascendente. Sin embargo, "del dicho al hecho, aún hay mucho trecho". No hay que olvidar que también en su momento el llamado "Plan Baker" pareció ser justamente una respuesta a las demandas de auxilio que países como México hicieron entonces a

Estados Unidos, pero al fin de cuentas terminó por ser una mezcla de humo con esperanzas frustradas.

Para que los principios generales —y muy vagos— del señor Brady se transformen en realidades que afecten positivamente la vida cotidiana de los mexicanos, se requiere acordar y redactar los puntos finos del supuesto acuerdo —en cuánto y cómo ha de bajar el endeudamiento mexicano—, echarlos a andar, y asegurarse de que realmente cambian la realidad en el sentido prometido por quienes acaban de llegar al poder. Así pues, e incluso si se es optimista y se desea creer que finalmente los norteamericanos han dado respuesta a los angustiosos llamados de los países endeudados, el tiempo sigue siendo un elemento escaso, pues los bálsamos benéficos de la supuesta generosidad de los países industrializados al disminuir el monto del principal que les debemos, van a tardar en hacer llegar sus efectos calmantes a las lastimadas sociedades del Tercer Mundo.

**Desafortunadamente** el tiempo es lo que ya no quiere otorgar una sociedad como la mexicana, desencantada e irritada con la incapacidad histórica de sus gobernantes para estar a la altura de los retos colectivos.

El sexenio de Miguel de la Madrid vivió con las reservas de tiempo que dejaron sus ascendientes. De la Madrid entregó el mando a su sucesor con un déficit de tiempo. De ahí que para que a las diferentes clases y grupos que hoy conforman la compleja sociedad mexicana no se les ocurra seguir el camino venezolano —la protesta violenta— y sigan tolerando una pesada estructura de autoridad que no puede justificarse por sus orígenes formales (las elecciones) ni por el éxito de sus políticas, no queda otro camino que las acciones espectaculares de bajo costo económico aunque de un precio político aún indeterminado.

El "quinazo" fue un gran golpe que no significó grandes gastos y que logró, a la vez y entre otras cosas, dar una mínima satisfacción al agravio que la sociedad siente desde hace mucho por la corrupción sindical, destruir a un enemigo interno del actual grupo gobernante, advertir a otros que no es prudente desafiar abiertamente al poder presidencial como lo pretendió hacer "La Quina", e incluso logró introducir desconcierto y confusión en las filas de la oposición. Sin embargo, los límites de la espectacular acción de principios de enero quedaron bien claros cuando las autoridades

debieron reafirmar su alianza con el resto de la cúpula obrera tradicional y entregar el control del sindicato petrolero a un liderazgo presidido por Sebastián Guzmán Cabrera que, en esencia, no es distinto de lo que en su momento fue Hernández Galicia. A fin de cuentas, lo nuevo no es sino un quinismo amansado.

La acción contra Eduardo Legorreta ("el bolsazo" dado por el gobierno) llegó cuando ya era esperada. El aparato —ejército en las calles— la sorpresa y las manifestaciones públicas de apoyo a la acción de las autoridades —el despliegue de los intelectuales, por ejemplo— ya no se dieron. Los rendimientos fueron igualmente menores. En cierto sentido, Legorreta compró menos tiempo político para el gobierno que Hernández Galicia y Salvador Barragán. Si esta apreciación es cierta, entonces se debe concluir que el camino de mantener la iniciativa política por la vía de acciones espectaculares contra los miembros del propio grupo de "los que mandan", está agotado o casi.

Volver a poner desde a todos los actores políticos a reaccionar ante iniciativas presidenciales, como ocurrió tras el arresto de Hernández Galicia y compañía, o de Legorreta y compañía, requeriría hacer lo que en su momento ya se sugirió: echar a los leones a alguien de la importancia de un miembro distinguido de antiguos gabinetes o, mejor aún, de un ex presidente. Sin embargo, no hay indicios de que la política de acciones espectaculares vaya por ese rumbo. Más bien me inclino a creer que esa línea de acción ya se agotó.

Sacrificar antiguos aliados para adquirir legitimidad —quemar el maderamen del buque para seguir alimentando las calderas— no es la única posibilidad de ganar tiempo. La fiebre de "consultas populares" que dominó las noticias las semanas pasadas, resultó también una forma de ganar tiempo permitiendo a la crítica dejar "escapar vapor" de manera inofensiva. También se quiso ganar tiempo, pero no se pudo, echando a andar políticas de rendimientos inmediatos que no implicaran grandes desembolsos al erario. Un ejemplo claro de lo anterior fue el anuncio de una guerra a fondo contra la delincuencia en las grandes ciudades, en particular la ciudad de México. Lástima que hasta ahora se trate de un intento fallido.

La idea central era obligar a la policía a comportarse a la altura de las circunstancias. Llevarla a dejar su antiguo papel de amenaza a la seguridad y

tranquilidad ciudadana para convertirla principalmente, y de ser posible exclusivamente, en una amenaza para la seguridad de los delincuentes. Sin embargo, hasta ahora el nuevo gobierno no ha podido encontrar la piedra filosofal que transforme al policía mexicano típico —siempre es bueno dejar un lugar para las excepciones, aunque sean pocas— en un servidor eficaz de la comunidad. La empresa parece ser tan o más difícil que la de ablandar el corazón de los banqueros norteamericanos o del Fondo Monetario Internacional.

★  
Quienes lo contrataron creyeron a pie juntillas en ese refrán mexicano que dice: "para los toros del Jaral, los caballos de allá mismo", pero a fin de cuentas el coronel Nazar Haro no resultó ser el equivalente de ninguna piedra filosofal, sino el de una piedra de molino atada al cuello del regente e incluso del presidente. Así pues, y antes de concluir los "cien días", los superiores del antiguo responsable de los servicios de inteligencia de la policía capitalina, le sugirieron que pidiera una licencia por motivos patrióticos, es decir, decidieron echar el lastre por la borda y sacrificar otro aliado.

En los antiguos tiempos, la salida de una persona como el señor Nazar Haro del puesto que tenía, y sobre todo después de la defensa que de él habían hecho sus superiores, hubiera resultado casi imposible por considerarse que lesionaba un elemento central del sistema político; el supuesto "principio de autoridad", clave de la suervencia en el largo plazo de todo sistema autoritario. Pero las actuales no son circunstancias ordinarias... y Nazar Haro ya no está en activo.

Para concluir, mientras el "Plan Brady" no se traduzca en realidades concretas, el tiempo continuará siendo el elemento más escaso en las alforjas del grupo dirigente. Ojalá los líderes norteamericanos y los del resto de las naciones industriales realmente demuestren con acciones la simpatía que varias veces han dicho tener por el actual grupo dirigente mexicano y le den, finalmente, el tiempo que necesita para llegar a puerto antes de que se desmantele por completo. De no ser ese el caso, quizá se llegue a la acción desesperada más espectacular: la moratoria. Es difícil imaginar a nuestros tecnócratas asumir el papel de abanderados del nacionalismo, pero no hace mucho nadie los hubiera imaginado encarcerando al señor Legorreta o al líder moral del antiguo STPRM.